

## INTRODUCCIÓN

Se nos hace muy difícil hablar teológicamente sobre la Iglesia de hoy, por que debajo de la palabra Iglesia entendemos a menudo realidades muy diferentes, y de la Iglesia tenemos expectativas, interrogantes y sobre todo posturas afectivas, no solamente pluralistas, sino contrapuestas, según hallan estado nuestras experiencias personales concretas.

Se pone el hecho de que la Iglesia, como toda realidad histórica, evoluciona y cambia su configuración a lo largo del tiempo. Pero esto se acentua cada vez más en un momento como el nuestro, en el cual no solamente se suceden los cambios, sino que se dan en un ritmo muy acelerado.

Fruto de esta situación es el hecho de la coexistencia en un mismo momento histórico de diferentes formas y praxis eclesial, con todo lo que esto comporta de tensión y desorientación para muchos.

Para ayudar si más no a clarificar nuestro momento eclesial, intentaré exponer i valorar el modelo de la Iglesia que de alguna forma coexisten entre nosotros y tiene como eje el Vaticano II.

## MODELO DE IGLESIA DEL VATICANO II

En los cambios sociales y políticos sufridos en la primera mitad del siglo XX, la fermentación de los movimientos bíblicos, litúrgicos y ecuménicos, un sentido histórico creciente que impedía mantener la Iglesia para más tiempo al margen del mundo, los trabajos de los teólogos de las escuelas teológicas europeas (*Le Saulchoir, Fourvières, Lovaina, Innsbruck, Munic entre otras*), y la personalidad intuitiva y profética de Juan XXIII contribuyeron mediante el Vaticano II a un cambio de imagen de la Iglesia. La *Lumen gentium*, la *Gaudium et Spes*, entre otros documentos, (no tenemos que olvidar el *Ad gentes*) son como la carta magna de este nuevo modelo de Iglesia.

Frente del clericalismo de un modelo anterior, se quiere afirmar que la Iglesia es *Pueblo de Dios*, pueblo de bautizados. El ministerio jerárquico es contemplado en el si de este pueblo, pero no al margen de él, y el primado romano definido al Vaticano I se complementa con la doctrina de la colegiata episcopal.

Frente al triunfalismo de antes, el Vaticano II se proclama Iglesia *pelegrina hacia la escatología*, siguiendo el camino del Jesús pobre y débil, y deja de identificarse con el Reino.

Frente del juridicismo pre-conciliar, el concilio quiere poner las bases para una eclesiología de *comuni3n*, que se realiza mediante la comunidad, consagrada sobre todo

en asamblea para la celebraci3n de la eucaristia y que, enriquecida con la pluralidad de carismas, vive de la vida nueva de el esp3ritu de Jes3s (LG 4).

Este nuevo modelo encuentra en la noci3n de sacramento su llave de articulaci3n teol3gica: la Iglesia es sacramento universal de salvaci3n (LG 48, 2; AG 1,1; GS 45,1), sacramento de la unidad con Dios y entre los hombres (LG 1; 9, 3; cfr AG 5, 1; SC 5, 1).

Con esta formulaci3n sacramental, la Iglesia se inserta a la historia de salvaci3n, al misterio o plan salv3fico de Dios a los hombres, i es se3al visible a la historia y a su legado.

No hace falta insistir m3s en este cambio de mentalidad y de sensibilidad que muchos de nosotros hemos vivido de cerca estos 3ltimos a3os y que han oxigenado la atm3sfera eclesial, recogiendo la gr3fica imagen de Juan XXIII que definia el Concilio como abrir las ventanas. Todo parecia nuevo y la Iglesia experiment3

durante unos años una especie de primavera, una Pentecostes renovada.

No tardaron en venir los frutos: convocación de sínodos episcopales que expresaban la estrenada colegiata, creación de conferencias episcopales nacionales, una nueva huella en las relaciones ecuménicas con signos de reconciliación, de que era tan amante Pablo VI, las reformas litúrgicas en la eucaristía y de los otros sacramentos que materializaban la dimensión participativa de la comunidad litúrgica, un nuevo diálogo con el mundo y con las religiones no cristianas; en fin, un estilo nuevo de sentir y de hacer.

Si observamos ahora cual ha estado la evolución de la reflexión teológica postconciliar (transconciliar como algunos quieren...) constataremos que la doctrina del Concilio ha estado aprofundada y prolongada desde diferentes ángulos:

- gran parte de los teólogos que fueron los padres ideológicos del Vaticano II pregonaron y comentaron los documentos conciliares, todo destacando su novedad y su coherencia interna e, incluso, intentan dar una visión sintética. Hace falta destacar las obras conjuntas (como las dirigidas por Barauna, el *Mysterium salutis*, los comentarios a la colección *Unam Sanctam*) donde los nombres de Philips, Congar, De Lubac, Rahner, Ratzinger, Schillebeeckx, Semmelrot, etc., son presentes.
- Un segundo grupo ha llevado hacia delante la búsqueda ecuménica, estudiando las estructuras originarias de la Iglesia a la luz de la nueva exégesis moderna; vale destacar los trabajos de Hans Küng.
- Un tercer grupo ha acentuado la dimensión pneumatológica de la Iglesia, en diálogo con los cristianos ortodoxos; entre otros se encuentran H. Mühlen, W. Kasper, y el español Olegario González de Cardenal.

Pero el modelo eclesial del Vaticano II también tiene sus limitaciones, no nacidas, pienso, solamente de la falta coherente de aplicación ni de la simple nostalgia del pasado, sino de los condicionamientos intrínsecos del mismo modelo.

Ciertamente, a estos años ya de distancia de la cloenda conciliar, serían muchos a suscribir aun hoy aquellos dichos de los inicios del Vaticano II y que eran los mismos del tiempo de la Reforma: que la Iglesia es muy clerical, demasiado triunfalista, demasiado juricista. Los hombres y las mujeres cristianos se quejan hoy que el clero

continúa teniendo el monopolio del poder y que los laicos no son suficientemente escuchados cuando han de hablar y de actuar la jerarquía; los preveres lamentan la falta de sensibilidad de la curia romana frente a sus problemas y de la pervivencia de una estructura feudal; los teólogos critican las continuas restricciones a su libertad de expresión que recuerdan mucho los tiempos del Santo Oficio; los mismos obispos, aun que no lo digan abiertamente, se quejan también, del centralismo de la curia romana y del poco peso que tienen en sus decisiones colegiales; los religiosos ven frenadas muchas de sus iniciativas más carismáticas; el diálogo ecuménico en muchos sitios se ha paralizado. Dejo de lado las contestaciones que tuvieron lugar después de la *Humanae vitae*, la creciente lejanía del mundo obrero y de las comunidades de base, etc.

Voy a enumerar algunas de las causas de este malestar:

- la eclesiología del Vaticano II no llegó a una síntesis teológica coherente, y encontramos a menudo en sus documentos juxtaposición de dos eclesiologías diferentes que posibilitan dos lecturas contrapuestas del Concilio (p.e. al capítulo III de la LG con la nota explicativa previa).
- Muchos de los temas nuevos introducidos al Vaticano II son excesivamente abstractos, genéricos y poco definidos, como lo son, p.ex. las nociones de Reino, Pueblo de Dios, Salvación, Unidad, comunión y el concepto de mundo, con el cual el Concilio dice que la Iglesia quiere dialogar.
- El mundo socio-cultural y político-económico que reflejan y respiran los obispos y teólogos protagonistas del nuevo modelo conciliar de Iglesia, corresponde al mundo centroeuropeo, a los países de tecnología más avanzada, democracia liberal y

economía neocapitalista, países que en los años 60 experimentaban un insospechado aumento de su nivel de vida; sus interlocutores ecuménicos eran principalmente los protestantes y sus dialogantes culturales, los hombres del mundo secular y burgués nacido de la Reforma, la ilustración y la revolución francesa.

- aun que el Vaticano II diga que las joyas y las angustias de los hombres, sobre todo de los pobres, lo son de la Iglesia (GS 1; 9–11; 91), aun que reconozca la diferencia que hay entre los pises ricos y pobres (GS 9; 66) y entre culturas desarrolladas y atrasadas (GS 56), el concilio se centrará en el hombre moderno de mentalidad técnico–científica. No se realizaron los sueños de Juan XXIII de hacer una Iglesia de los pobres la cara de la Iglesia Conciliar (cfr. Locución del 11, 9, 1962) que el centro de todo el Vaticano II fuera el misterio del Cristo presente en los pobres y en su evangelización. Com muchas faenas feu quedando recogida esta institución al nº 8 de LG.

¿Nos pueden extrañar que estas limitaciones intrínsecas, a parte de otras de tipos personal, hallan producido un cierto bloqueo del modelo eclesial conciliar, provocando una exasperación de la problemática intraeclesial, una contestación por parte de los sectores más vivos y sensibles a la situación socio–política actual? Por importantes y significativos que puedan ser los casos Lefebvre y Küng, la Iglesia no puede polarizarse únicamente por estas cuestiones...

1

1